

Tomás Dalmiro Yebra

Habían pasado pocas horas de su entierro en el cementerio de Tres Arroyos, cuando una visible pintada reivindicó su lucha y la causa en la que estaba enrolado no sólo él, sino una cantidad mucho más importante de compañeros.

Sus amigos de militancia sintieron, con la amarga noticia de su desaparición física, que era justo tributarle un homenaje público, que todos supieran por qué había muerto el joven estudiante universitario al que pocas materias le faltaban para recibirse de abogado.

“Tacho Yebra, soldado de Perón, caíste luchando por la liberación”, se leyó en la pared del edificio de Correos y Telecomunicaciones, ubicado casi al 300 de calle Maipú.

II

Tomás Yebra era el mayor de los dos hijos del matrimonio conformado por el doctor Dalmiro Yebra y su esposa Hilda. Había precedido en el nacimiento a Liliana, su hermana. Entre los cuatro conformaban una familia tipo, clase media, de las tantas que habitaban Tres Arroyos por los años setenta.

“Tomasito”, como aún hoy lo llama su madre, había decidido seguir en gran parte los pasos del padre, quien influyó de modo determinante en su vida.

Fue inscripto para cursar el primario en la Escuela N° 16, el mismo establecimiento al que había asistido su progenitor. De igual modo procedió luego, una vez que hubo concluido la primera parte de sus estudios, transitando la secundaria en el viejo Colegio Nacional, que estaba enclavado donde hoy se erigen las instalaciones del Colegio “Manuel Belgrano”. A las aulas concurre entre 1964 y 1969. Al igual que su padre, hizo el bachillerato. Cuando hubo de terminarlo, no extrañó que siguiera abogacía, para lo cual emigró a La Plata, donde se instaló en una pensión ubicada en calle 1 entre 46 y 47. Corría por entonces el año 1970.

III

El fuerte vínculo paterno ya se había hecho notorio cuando Tomás decidió tomar clases de dibujo en la Biblioteca “José Ingenieros”, que por entonces presidía don Dalmiro, quien además de abogado laboralista en el fuero local era artista plástico. En una muestra post mortem de su obra, realizada en Tres Arroyos en mayo del 2000, en su carácter de patrocinante del evento cultural, la Asociación de Abogados local hizo referencia al espíritu del extinto hombre de derecho: “Más que abogado o pintor, un hombre sensible, porque sobre las conveniencias profesionales, la comodidad, el ‘prestigio’, se impuso un temperamento y una memoria que no le permiten conformarse con la rutina, ni olvidar donde ha nacido, lo que ha vivido y lo que ha visto”, expresaron desde el catálogo de la exposición.

IV

Una vez en la capital provincial, al tiempo que estudiaba derecho en la Universidad Nacional de La Plata, debido a la gestión del ingeniero agrónomo Alfredo Orfanó, tresarroyense que había sido nombrado ministro de Asuntos Agrarios de la provincia de Buenos Aires, Tomás ingresó a trabajar en el Estado bonaerense.

Era un buen alumno universitario, según coinciden sus compañeros de estudio, quienes lo definieron como "apocado y tranquilo". Del mismo modo fue un calificado empleado.

Esta suma de actividades no le resultó impedimento para continuar con su vocación plástica. Así, cada semana, se subía al tren que unía La Plata con Buenos Aires para tomar clases de dibujo con el afamado plástico Ernesto Corcova. Y, desde luego, también tuvo tiempo para el amor. Se enamoró de una joven misionera estudiante de medicina, con la cual estableció un noviazgo que iba en serio.

V

Una anécdota surgida de boca de su madre, quien solía acompañarlo con frecuencia en los viajes que unían la capital provincial con su similar nacional, pinta de cuerpo entero el espíritu del hijo mayor de los Yebra, al que sus compañeros de militancia apodaban "Tacho".

Hilda recordó que "en el tren, todos los chicos que pedían limosnas se le acercaban a 'Tomasito'. El los reconocía, llamándolos incluso por su nombre. Siempre tenía algo para obsequiarles".

Como aquella del tren, otra escena lo ubica, esta vez en Tres Arroyos, siendo nuevamente protagonista de un compromiso social. Cada vez que visitaba a la familia en su ciudad natal, le encargaba a su madre que juntase toda la ropa que ya no usaban, argumentando que luego la distribuirían entre quienes más la necesitaban.

VI

De físico menudo, "chiquito y flaquito" como lo describieron los conocidos, Tomás Yebra peinaba hacia atrás su pelo claro oscuro.

Vivía en La Plata con Aníbal Castaño, un correntino a quién en alguna ocasión definió como su "amigo del alma", y la mujer de éste último. Ocupaban una vivienda que ciertamente estaba ubicada muy lejos del centro de la ciudad.

Si bien para su deceso le faltaban apenas tres materias para recibirse de abogado, lo cierto es que desde hacía un tiempo había abandonado los estudios para dedicarse pura y exclusivamente a la militancia política. Estaba convencido, lo decía y lo practicaba, que la militancia debía ser realizada de una manera "religiosa".

En tanto, continuaba disfrutando de algunas ventajas de la vida de estudiante. Por ejemplo, era frecuente visitante del comedor universitario ubicado en la avenida 1, lugar obligado de almuerzo y encuentro de todos los jóvenes del interior que se procuraban una formación profesional en La Plata.

Vestía muy formalmente. Y no era casualidad, sino un requisito indispensable de la clandestinidad para pasar desapercibido.

VII

El 19 de marzo de 1976, una semana antes de producirse el Golpe de Estado, una enfermedad con la que convivió desde muy joven le jugó una mala pasada. Tan mala que le representó la muerte.

Una amiga, que recordó el episodio con amargura, reseñó que venían de una actividad militante, una "quema de colectivos", cuando fue abatido. Sin embargo, otra versión da cuenta que la tarea prevista para aquel día era la liberación por la

fuerza de presos políticos de una cárcel platense. El plan de rescate urdido por Yebra y compañeros "montoneros" había fracasado.

Donde si hay concordancia es en la escena final de su vida, la del trágico desenlace.

Venían de alguna de las actividades antes señaladas cuando, al pasar por una comisaría, los identificó la policía, que inmediatamente comenzó a disparar sobre el grupo, obligándolos a replegarse.

Todos corrieron rápidamente. Todos, a excepción de Tomás Yebrá, quién no pudo superar su condición de asmático, quedando tendido en el suelo y a merced de las fuerzas de seguridad, que literalmente lo fusilaron.

El hijo de la empleada doméstica "Marita" Di Marco vio como personal uniformado "fusiló" al joven tresarroyense con un tiro de pistola directo a la cabeza.

La versión que se difundió por la prensa difería de lo que presencié el testigo del funesto episodio. Se adujo que hubo un enfrentamiento, del cual había resultado muerto un militante "montonero", de nombre Tomás Yebra, al que apodaban con el alias de "Tacho".

VIII

Cuando Tomás fue asesinado tenía 23 años. Su papá, el doctor Dalmiro Yebra, había fallecido apenas 10 meses antes, dejando a su esposa Hilda al cuidado de dos hijos.

Liliana, la hermana menor, había comprado un pasaje de colectivo de la empresa Cóndor para viajar a La Plata, donde se radicaría con fines universitarios, el mismo día que "Tacho" fue fusilado.

La viuda Yebra se enteró de la noticia de boca de Alberto Maciel, actual director del diario La Voz del Pueblo.

En conocimiento de la mala nueva, con el mismo boleto de ómnibus que había sacado para acompañar a Liliana en el inicio de su carrera universitaria, Hilda Yebrá viajó a La Plata por otro motivo: había sido convocada para reconocer el cadáver de su hijo.

De la seccional de policía la trasladaron directamente a la morgue. Pese a que llegó al lugar con la esperanza de que la persona que reposaba en la fría camilla no fuera Tomás, la cruda realidad quebró su deseo. Efectivamente, como lo había informado la prensa y le habían avisado luego de forma personal, su hijo había muerto. Allí estaba el cuerpo, al que identificó.

A la salida de la sala mortuoria le entregaron algunas pertenencias de "Tomasito": un reloj, algo de dinero y el inhalador para asmáticos. Nunca sospechó que esa enfermedad podría conducirlo a la muerte.

IX

La desaparición física de Tomás Yebra, fusilado cobardemente, no sólo acabó con su vida. También dio por tierra con los sueños de su hermana, cuyos estudios universitarios se vieron frustrados, ya que decidió no continuar ninguna carrera.

El cadaver le fue entregado a la familia, que le brindó cristiana sepultura en el cementerio municipal de Tres Arroyos.

Al poco tiempo, Hilda y Liliana abandonarían definitivamente la ciudad para irse a vivir a Bahía Blanca, donde residen actualmente.

La muerte de Yebra, que provocó un dejo de profundo dolor entre los compañeros platenses, también caló hondo en el espíritu de la Juventud Peronista de Tres Arroyos.

No hacía mucho habían festejado su cumpleaños número veintitres con una guitarreada que duró hasta cerca de las seis de la mañana, sino que además fue el primer caído cercano que padeció el grupo.

El mejor modo que encontraron de homenajearlo fue con una pintada en el viejo edificio de Correos y Telecomunicaciones. Una frase similar escribieron sobre la pared de la Escuela N° 1: "Tacho Yebra, soldado de Perón, caíste luchando por la liberación".

Once meses después del asesinato de "Tacho", a quién Montoneros le asignó un grado post mortem, desaparecería en La Plata quién fue su más cercano amigo tresarroyense, Leonardo Amador Montesinos.